

SEMBLANZA

Javier ESQUIVEL

A nuestra hija Leonora

Presentar la semblanza de una persona es transmitir la impresión de cómo es ella. Una parte de esto se consigue refiriendo los hechos importantes de su vida, así como sus acciones. Pero esto no basta. Es necesario dar una cierta unidad, una cierta coherencia, a este material disperso. Penetrar en los dominios de su alma: creencias, deseos, sentimientos, intereses e ideales que moran en el interior. Este conjunto vivencial integra lo que se llama la personalidad. En la medida en que la conocemos, la vida de la persona cobra inteligibilidad. Este retrato anímico puede hacerse a distintos niveles de profundidad.

En esta semblanza de Yolanda quiero resaltar algunos aspectos de ese mundo interior que arrojan luz y confieren sentido a lo que se lee en los datos biográficos. ¿Por qué hizo lo que hizo?, ¿cómo era ella?.

Reconozco de antemano dos limitaciones obvias. Primera: el carácter opaco del alma humana. La vieja divisa de la sabiduría griega: "Conócete a tí mismo" impone una ardua tarea, quizás la más ardua que enfrentan los hombres. Si esto es así, con mayor razón nos será difícil conocer a otro. Segunda: me limito a ofrecer precisamente una semblanza, simplemente una imagen que haga más familiar a la persona que estaba detrás de las obras y las acciones.

Mi trato con Yolanda se extendió por casi veinte años de una relación íntima que pasó por la crisis de una separación y un divorcio. La relación no terminó no sólo por Leonora que nos mantuvo en contacto, sino por la afinidad profunda que jamás desapareció, a pesar de la distancia física que mediaba en los últimos años.

Conocí a Yolanda Frías en la Facultad de Derecho de la UNAM en el año de 1970, cuando acababámos de ingresar como profesores de carrera. Recién llegada de España; había obtenido en la Universidad de Madrid el grado de Doctora en Derecho con el resultado de Sobresaliente "Cum Laude". Su trabajo había merecido el primer curso de Tesis Hispanoamericanas promovido por el Instituto de Cultura Hispánica.

No estoy seguro, pero creo que fue de las primeras mujeres en doctorarse en derecho en una universidad extranjera. Ese paso, que ahora han dado otras distinguidas universitarias, no fue nada fácil para ella. Además de las dificultades inherentes a los estudios en el extranjero, su condición de mujer la enfrentó a la resistencia de su padre, quien por otra parte había visto con buenos ojos que estudiara derecho. En ese momento mostró Yolanda la voluntad y firmeza, que en ocasiones lleva a la rigidez, que la caracterizarían siempre. Se marchó, pues a España en 1967 y el 4 de junio de 1969 obtuvo su doctorado.

Aquellos eran tiempos heroicos en la Facultad de Derecho. Un grupo de jóvenes profesores, muchos de ellos regresados del extranjero, intentaban renovar la sangre académica y elevar los niveles docentes de la Facultad, en la Universidad que en 1966 y en 1968 había sufrido golpes de los que no se recobraría cabalmente. Con la energía que no la abandonó nunca, se consagró en esos años a la docencia y a trabajar activamente en el Seminario de Derecho Internacional, como lo describe Alberto Székely en otra parte de esta obra. Se dió tiempo, además, de empezar a publicar algunos artículos. Iba perfilándose en ella una vocación por la investigación, la docencia y las tareas académico-administrativas. Para las tres tenía facultades, pero su mayor energía la habría de dedicar a las dos últimas. Con el tiempo estas actividades se fueron extendiendo, sin que descuidara nunca su vida privada y el cuidado de Leonora, nacida en 1973.

Su personalidad se reflejaba no sólo en lo que elegía, sino en lo que rechazaba. Aunque nunca fue políticamente activa, compartió un rasgo común a muchos de los jóvenes profesores de ese grupo: su negativa a ingresar en las filas del gobierno. El conflicto de 1966 en la UNAM, y sobre todo la gran crisis nacional del 68, habían vuelto indeseable esa alternativa. Esa actitud no la abandonó nunca. Nada hubiera sido más fácil para ella que obtener un puesto diplomático o en alguna dependencia oficial. Yolanda prefirió ser siempre fiel a la Universidad, a la que nunca abandonó, ni compartió. Fue, como ella misma los designaba, uno de "los universitarios permanentes".

En el seno del Alma Mater ocupó sucesivamente los cargos de Secretaria de la Maestría y del Doctorado en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Derecho de 1981 a 1985. En ese mismo año desempeñó la Dirección General de Estudios de Legislación Universitaria, pasando a los pocos meses a la recién creada Defensoría de los Derechos Universitarios en calidad de Defensora Adjunta, hasta el 2 de mayo de 1989 en que quedó al frente de la Defensoría en virtud de la renuncia del Maestro Jorge Barrera Graf.

Durante esos años continuó las labores de docencia e investigación que atestigua su *curriculum*. Así mismo multiplicó y estrechó sus contactos con las asociaciones internacionalistas a las que pertenecía.

Los temas seleccionados para sus publicaciones nos hablan con elocuencia de sus intereses e ideales. Del derecho internacional le preocuparon los temas relacionados con América Latina, así como las partes más humanistas de las

relaciones internacionales: cooperación, integración, la protección de los refugiados, de las mujeres y de los derechos humanos en general. Aparte algunos artículos teóricos, escribió también sobre figuras como Vitoria y Las Casas.

Pero había otra vertiente de su personalidad, menos conocida y la cual no puede verse en sus publicaciones, al menos no en las reseñadas en su bibliografía. Al leer su correspondencia particular se encuentra una larga serie de cartas y artículos publicados casi todos en periódicos, en los que se manifiesta un espíritu crítico y consciente que protestaba lo mismo contra abusos e irregularidades en los servicios públicos que contra la imposición del nombre de José López Portillo a una escuela de niños, o contra las designaciones desatinadas del Ejecutivo Federal en la Suprema Corte. Una buena parte de esos escritos eran acerca de problemas ecológicos como Laguna Verde y, sobre todo, protestando contra la gravísima contaminación en el Valle de México, cartas en las que firmaba como "una madre de familia".

En un México en crisis, "que el paso del tiempo se ha encargado de agudizar", como escribió en su semblanza del Maestro Barrera Graf, optó por el camino de la protesta individual frente a las ineficiencias y desatinos morales del gobierno. Estoy seguro que tales problemas estarían más cerca de solucionarse si los ciudadanos en general y los académicos en particular defendieran sus derechos, aunque fuera de modo individual, con la energía y el espíritu civil con que lo hizo Yolanda Frías.

En la UNAM la actitud de defensa y protesta encontró su mejor lugar, no fue una casualidad, en la Defensoría de los Derechos Universitarios. En ella colaboró con Barrera Graf en su lucha por las causas justas y los principios universitarios.

De la personalidad de Yolanda Frías nos habla también su grupo de amigos académicos más cercano, por aquello de "Dime con quien andas. . .": el inolvidable "Club del Hogar", integrado por las profesoras Beatriz Bernal, María Carreras, Sara Montero de Lobato y Marta Morineau. De sus colegas profesores estimó sobre todo a su compañera Ingrid Brena, a Ulises Schmill, Rodolfo Cruz Miramontes, Roberto Vernengo, Alvaro Bunster, Rolando Tamayo, Alberto Székely, Román Iglesias, María del Refugio González, Agustín Pérez Carrillo, Guillermo Floris Margadant y al inolvidable Leandro Azuara.

Revelador es también el grupo de profesores a quienes admiró: Antonio Gómez Robledo, Alfonso Noriega, César Sepúlveda, Oscar Treviño, Raúl Cervantes Ahumada y Jorge Barrera Graf, con muchos de los cuales trabajó. Con el último compartió solidariamente los difíciles momentos en que la Defensoría se enfrentó a las autoridades de la UNAM.

No creo equivocarme al afirmar que en la formación de su personalidad fue decisiva la lectura de las obras bibliográficas de José Vasconcelos. Recuerdo como me refería con pasión los párrafos en que éste respondía a la impertinencia de algún funcionario o fustigaba con su estilo único los abusos de los gobernantes. Yolanda buscaba en el pasado y entre sus mayores las figuras orientadoras. De ahí su entusiasmo por escribir un libro sobre "los viejos maestros de la Facultad". De entre su admiración más afectuosa fue por el Maestro Rafael Preciado Hernández, filósofo, jurista, opositor demócrata del gobierno desde el Partido de Acción Nacional y, sobre todo, un hombre íntegro y bondadoso. Entre sus papeles deja Yolanda una entrevista con Don Rafael, en espera de que un día vea la luz.

Desgraciadamente los últimos tiempos no fueron felices. Sobrevino la crisis en la Defensoría, de la cual se vió obligada a renunciar el primero de julio de 1989, en vista de que sus convicciones eran incompatibles con la política de las autoridades. El hecho la entristeció y le hizo dudar del sentido de su trabajo.

Cuando apenas empezaba a disfrutar de sus merecidos años sabáticos, en los que proyectaba escribir un libro sobre derecho internacional, decidió someterse a una intervención quirúrgica preventiva, quizás innecesaria. Desafortunadamente y en circunstancias que aún no se aclaran, pero que arrojan sospechas sobre los médicos y el hospital, falleció a consecuencias de la operación el 10. de septiembre de 1989. El dolor que causó su muerte entre familiares, amigos y conocidos, aparte de enfrentarnos contra el hecho ineluctable con el cual terminan nuestras vidas, se acrecentó por lo inesperado y temprano del fallecimiento.

Sin embargo, los valores e ideales que persiguió, las actitudes que asumió y que se revelan en esta semblanza, persisten y creo que nos dejan su mensaje: La lucha por esos valores es digna y posible.